



Berta Pallares

Publicado: 2016 10 26

## Don Alonso y su etapa salmantina

Berta Pallares

*Universidad de Copenhague*

Quiero empezar agradeciendo a los amigos de esta Facultad de Filología el que me hayan invitado a participar en este rato para el recuerdo de don Alonso.

En realidad yo pertenezco a una etapa anterior: la etapa salmantina de don Alonso. He aceptado esta afectuosa invitación porque quizá sea bueno unir el grupo de Salamanca al que don Alonso cuidó mucho, con este de Madrid al que tanto ha querido don Alonso también. Mi aceptación agradecida es también aceptación gustosa.

Así que gracias a todos en las personas que presiden esta mesa. Un agradecimiento muy especial a la doctora Eugenia Popeanga – permíteme que diga Eugenia – y a la Facultad de

Filología que me ha invitado a participar en esta mesa junto con personas para quienes don Alonso fue amigo y maestro. Muchas gracias también a ti, Carmen.

La llegada de don Alonso a Salamanca fue para los que aún estábamos en el segundo curso de especialidad como el abrirse de un ventanal por el que entraba a raudales la luz.

Una luz alegre que llenaba el Seminario de Filología en los altos de la Facultad de Anaya.

De repente, nos encontramos ante un profesor que nos hablaba directamente no como a estudiantes sino como a cada uno de nosotros de forma independiente y personal.

Al escuchar a don Alonso nos dimos cuenta de que el dato no tenía tanta importancia como creíamos, lo que tenía importancia era saber el porqué de aquello y así la **e breve** y su andar fue otra cosa y el camino de la **f** hasta llegar a **h** se llenó de lugares concretos Y San Felices de los Gallegos dejó de ser para nosotros un pueblo desconocido y supimos el porqué de que alguna vez se hubiese llamado Sahelices ... ; lo mismo sucedió con tantos y tantos datos como fuimos colocando en su justo universo dentro del campo de la Romania. Y todo se llenaba de hombres, de gentes, de pueblo. El pueblo que don Alonso conocía tan bien y al que tanto amaba.

Pienso que todos ustedes están recordando ahora la hermosa viñeta que le dedicó Mingote a don Alonso, como bellísima necrológica: la tierna figura que lleva en su mano los papeles de don Alonso.

No voy a referirme a su obra múltiple, sino solamente deseo señalar que a la llegada de don Alonso a aquella Salamanca ajena y un poco hostil y también un poco tontorrón de su novela *Un balcón a la plaza* se convirtió para nosotros en otra ciudad.

Aquellas afirmaciones de alguna señora de la tertulia de Doña Piedad de corte como que «nosotros siempre hemos sido martillo de herejes» se cambiaron por el ritmo sosegado de fray Luis en su *La Flecha*, por la andadura de tantos hombres que en la Salamanca de siempre supieron caminar *por la escondida senda*.

Don Alonso nos enseñó a comprender el dolorido sentir de Garcilaso o, de paso, al subir por la escalera de la Facultad de una u otra forma había una alusión a don Miguel.

La ciudad se llenó para nosotros de sabiduría. Don Alonso nos descubrió sus rincones y en los largos y continuados paseos de cada tarde nos descubrió, desde otra luz nueva, la estancia de Lope de Vega en Alba de Tormes, la sosería de Calisto, mientras paseábamos cerca de la torre de Melibea, los porqués del mal humor de Quevedo, en las tardes del Seminario de Románicas, vecino al de Filología clásica en los fríos altos de Anaya, la luz de la pintura de El Greco ante la luz de algunos atardeceres que contemplábamos en los paseos por las carreteras del entorno salmantino, el generoso regalo de su sabiduría en los largos paseos por los puentes del siempre tranquilo Tormes, la locura y el sin sentido de nuestra guerra civil...

... tantas y tantas cosas...

Don Alonso nos enseñó el amor a España sin patrioterismos,  
nos inculcó el amor por los libros,  
el amor por nuestras tierras, tan humildes, de esa España profunda que él conoció tan bien y  
que amó tanto.

Nos inculcó también el respeto por nuestras gentes.

Nos habló de nuestra responsabilidad.

Don Alonso nos llevó a recorrer pueblos para ver una iglesia perdida, cuya llave teníamos que  
buscar por todo el pueblo porque el párroco no estaba y se la había dejado al secretario, pero  
el secretario estaba aquella tarde de caza y así yendo de casa en casa lográbamos por fin la  
llave de la iglesia para mirar asombrados un retablo del que don Alonso nos hablaba. Después  
nos llevaba a merendar.

Con él vimos Covarrubias, León, Valencia de don Juan, Toledo, Segovia. Otros hombres, otros  
soles, una nueva luz.

Yo tuve la fortuna de empezar a trabajar con él en 1953 – hace más de medio siglo – y he  
seguido en su entorno y en su cercanía hasta casi el día en que nos dejó. Lo que acabo de decir  
sucedió también a lo largo de los años de mis largas estancias en Estocolmo y en Copenhague  
en cuyas universidades he trabajado. Es toda una vida que va de 1951 en que don Alonso nos  
dio la primera clase en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca hasta el  
día en que nos dejó.

Todos tan huérfanos ahora...

Voy a leer para ustedes la llegada de don Alonso a Salamanca, vista por José Luis García Rúa,  
entonces profesor de latín en nuestra Facultad y amigo de don Alonso.

Agradezco a José Luis, amigo muy querido, que me haya permitido hacerlo.

El pasaje pertenece a un ciclo que lleva por título *Las ciudades que me han hecho*. El volumen  
segundo, de donde tomo el pasaje lleva en título de *Mis ciudades II. Salamanca. En la Marea  
del Siglo* <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> , pp. 75- 77. Ateneo Obrero de Gijón. *If ediciones*. Colección Contrastes, nº 8, 2005. El prólogo es de Agustín García Calvo.

[Texto de José Luis García Rúa]

No viene a humo de pajas haber hecho  
el prólogo anterior,  
sino por dar explicación y entrada  
a la prócer figura  
de Zamora Vicente,  
otro de aquellos hombres  
que la fortuna quiso  
poner en la vereda  
de quien esto nos cuenta.  
Oriundo de Madrid  
Y joven profesor, aquel entonces,  
Don Alonso traía a nuestras aulas  
de aquella Salamanca de pecados  
el espíritu aquel de la anteguerra,  
aprendido en las salas complutenses,  
en la calle del gato,  
o en la Residencia de Estudiantes.  
Rezumaban de toda su persona  
los Castro, los Zubiri, los Pidal,  
los Navarrotomás, los Montesinos, ...  
toda aquella rampante Ilustración  
que pululaba airosa  
por el Centro de Históricos estudios,  
en su profundo empeño,  
de abrir mentes y luz a las tinieblas.  
Las glosas, que él hacía a las Sonatas  
de Valleinclán, tenían  
sabor a dulces cantos  
de la Galicia envuelta entre las brumas,  
o insinuaban el tono  
de cálidos humores tropicales,  
cuando se detenían  
en los encantos de la Niña Chole.  
Los escolios que hacía  
a los textos de Inclán en Esperpentos  
resumían de modo magistral  
aquellos aguafuertes  
que mezclaban la hiel de la tragedia  
a la sangrante broma  
de la ópera bufa.  
Frente al empalagoso  
y dulzón hartazgo  
de folclores de escuela promovidos,  
por las instituciones oficiales,  
que el oficio tenían  
de ser el altavoz de propaganda  
del falso populismo del sistema,  
don Alonso traía a la memoria  
en recuerdo de aquella Encarnación,  
la que por apellidos  
había López y Júlvez,  
aquella encantadora “Argentinita”,  
a la que, según él, la España entera  
le bailaba en los pies.  
Hablabla de Salinas

y de su Razón de Amor,  
de los diversos Cánticos  
que Guillén componía,  
de las brisas que Alberti  
hacía vivir en *Marinero en Tierra*.  
Hablaba emocionado  
de aquel duende del niño Federico,  
de la fuerza que había en el *Romancero*,  
del drama que su lírica encerraba  
y del lirismo vivo en sus tragedias.  
Ponía, sin forzarlo,  
el uso coloquial  
de términos festivos  
que, como “forajido” o “putrefacto”,  
bullían en la jerga  
de aquella Residencia de Estudiantes.  
Todo ello, ofrecido  
de los rientes aires de preguerra,  
en el cristal inhóspito  
que fuera resultado  
del fatal desenlace  
de aquel enfrentamiento,  
y servido a los ojos  
de los años cuarenta, era un regalo enorme  
con el que Don Alonso  
obsequiaba al alumno  
de aquella Facultad de letras  
que en Anaya tenía sus asientos...

...

“¡Ay, mi buen don Alonso!”  
Exclama el que da fe de aquella historia,  
Ya viejo al recordarlo,  
“aquellos rasgos nobles de tu cara,  
aquella gran dulzura  
de tu suave sonrisa,  
aquel hablar cantando,  
aquel andar tranquilo,  
¡ay, cómo los recuerdo!  
¡qué paz me trae al alma!

...

Os tengo en una imagen imborrable,  
en aquella estación  
de los ferrocarriles,  
junto contigo, nuestra dulce Berta,  
despidiendo mi vida salmantina,  
camino de Alemania.  
‘Que seas muy feliz,  
Dijiste, solo eso.  
Un abrazo apretado,  
Una mirada honda y un adiós.  
¡Gracias, Alonso, gracias, gracias, Berta!’

Todos sabéis que no se puede hablar de don Alonso sin recordar a María Josefa Canellada, la  
compañera de su vida.

De ella dice José Luis García Rúa :

Entiende, sin embargo,  
nuestro testificante  
que este leve bosquejo  
en la recordación  
de Zamora Vicente,  
muy cojo en sí de suyo,  
quedaría más cojo todavía,  
si no cupiera en él Maríajosefa,  
su buena compañera,  
tierna como las uvas en otoño,  
dulce como las brevas y la miel.  
¡Aquella bondadosa  
y fina Canellada!,  
la inteligente autora de tranbajos  
de excepcional valía,  
mudos, callados, ellos,  
como todo lo bueno  
que hace la natura,  
aquella alma sensible que escribiera,  
se antoja que pensando en su marido,  
“Los rumbos me enseñaste y los caminos,  
catedrales y torres, la hermosura  
de los montes al mar, y esta ternura  
tan gozosa de ver nacer los pinos”  
¡Cuánta, cuánta belleza!  
¡bendita seas, María!

Yo me apropié de las palabras de Ramón de Garcíasol para dedicarle a don Alonso mi modesta edición de *Desde Toledo a Madrid* de Tirso. Dice Garcíasol:

Por humano  
te canto.  
Por bueno y por mejor, por sabio  
sin ringorranos sofisticados  
para el medro o el encofrado.  
Por amigo entrañable.

Yo añadí:

... y por las tantas horas a través  
de los días y a través de los años,  
de ser mi maestro fiel.

Muchas gracias por su atención.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Madrid. Facultad de Filología de la Universidad Complutense. Mesa redonda en memoria de don Alonso, 26 de Mayo de 2006. Participan en la Mesa redonda: Carmen Mejía, Juan Manuel González Martel, María José Postigo, Juan Mayor Sánchez, Jesús Sánchez Lobato, Denis Canellas de Castro Duarte y María Berta Pallares Garzón.

La Fundación de Filología Románica de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, junto con la Galería Sargadelos celebran el *Día das Letras Galegas* durante los días 3, 16 y 19 de mayo en la Facultad de Filología y en la Galería Sargadelos.  
Está dedicada a la memoria de don Alonso Zamora Vicente.